

PARANOIA ROJA

El delirio anticomunista según Robert Coover

José Luis Amores, editor de Pálido Fuego, nos cuenta por qué se lanzó a comprar y traducir “La hoguera pública”, obra monumental de Robert Coover sobre la condena a muerte del matrimonio Rosenberg en un momento muy candente de la Guerra Fría. **texto JOSÉ LUIS AMORES**



Supe de la existencia de *La hoguera pública* tras haber leído todo lo que de Robert Coover se había editado en España y hacer una búsqueda del resto de su obra inédita en castellano. Por todas partes aparecía esta novela: “obra maestra”, decían; “la cuarta mejor novela en lengua inglesa del siglo XX”, apostillaban. Y más elogios por el estilo. Me habían gustado bastante sus obras breves *Zarzarrosa* y *Azotando a la doncella*. Los relatos de *Sesión*

de cine me parecieron magistrales y disfruté mucho varios cuentos de *El hurgón mágico*. *La fiesta de Gerald*, por su parte, es un desfase total que demuestra una vez más que alta literatura y máxima diversión no están reñidas, sino todo lo contrario.

La hoguera pública tiene como protagonista a Richard Nixon, un Fausto de pacotilla cuyo Mefistófeles es el mismísimo Tío Sam (ese “símbolo americano”, como lo describe William Gass en su prefacio a

la segunda edición estadounidense, que “ha sobrevivido a su finalidad de paleta de dedo en ristre poco convincente en carteles de alistamiento”). Es decir, ¿quién no conoce a Richard Nixon? Quien más, quien menos, todos hemos estado a punto de comprarle un coche usado. Y el Tío Sam. Figura antaño ubicua en toda americanada que se preciase, era para nosotros arquetipo severo y gruñón del patriotismo gringo, si bien estático y mudo, plano y silente

salvo por aquel implacable “I WANT YOU” coloreado; no lo conocíamos en su “lingüística gloria”. Semejante pareja prometía. Y, además, una historia de espías, FBI, juicios básicamente sumarísimos, electrocuciones en plena Times Square, una frenética bacanal de doscientos años de cultura e historia recientes: había que seguir leyendo a Coover, no doblarse a los dictados de lo efímero, continuar huyendo de la ramplonería del pensamiento/consumo uniforme que tan buenos resultados rinde a quienes la venden/imponen y tan poco beneficio procura a su forzada clientela.

Así pues, la obra de Coover –no solo *La hoguera pública*– formaba parte de ese sueño que tuve de colocar en nuestras librerías títulos como *La escoba del sistema*, *Historias del arcoíris* o *La casa de hojas*. “El problema es que traducir ese libro es carísimo”, me dijeron. “Pero yo quiero –pensé–. Quiero poder compartir el derribo de la imagen idealizada de Dwight ‘Ike’ Eisenhower, la desopilante definición de la figura de Nixon, el esclarecimiento de una de las épocas más oscuras de la Guerra Fría, el exhaustivo desarrollo de la marrullería política americana, más allá de la simplista distinción entre republicanos y demócratas. Quiero contribuir a paliar nuestra ignorancia de facto sobre ‘cómo se las gasta el mundo’ en nuestro referente occidental, desclasificar lo que a efectos prácticos es un Expediente X de la literatura norteamericana en esta cultura nuestra, celebrar a quienes, para variar, desmitifican un Sistema autoerigido en paladín de un modelo de democracia que solo ‘arranca’ cada cuatro años. Quiero, ante todo, dar a conocer en mi idioma una de las mejores obras literarias que he leído en mi vida”. De manera que pedí permiso, compré los derechos en español, la traduje y la publiqué.

“Los espías atómicos”

Robert Coover es todo un personaje de su tiempo. Licenciado en estudios eslavos y doctorado en humanidades, activista contra la Guerra de Vietnam, casado con la artista tarraconense Pilar Sans, profesor de la universi-

dad de Brown, Providence, soberbio fabulador, maestro de la metaficción, combatiente enérgico de la idolatría y la exaltación –religiosa, política, económica, deportiva...–, admirador de la obra de Laurence Sterne, James Joyce, Julio Cortázar, Italo Calvino y, cómo no, Miguel de Cervantes. Cuando en sus obras habla del ejército, más concretamente de la Marina, lo hace con conocimiento de causa, porque sirvió en ella. Cuando coloca a Pinocho en Venecia, él ya ha absorbido el carácter de la ciudad eterna hasta en su particular idioma. Bob Coover jamás escribe sobre aquello que no conoce y ha investigado en toda profundidad.

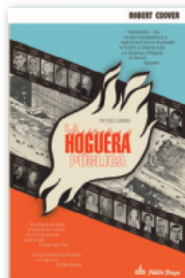
La editó Viking Press porque su abogado estaba de vacaciones...

Sin embargo, le gusta ampliar la realidad, pues, a fin de cuentas, ¿qué es la realidad?

En este caso, esta: el 19 de junio de 1953, Ethel y Julius Rosenberg, matrimonio estadounidense, fueron ejecutados en la silla eléctrica, al ser encontrados culpables de –y sentenciados a la hoguera por– haber pasado a los rusos el secreto de fabricación de la Bomba. En la prensa de la época se les denominó “los espías atómicos”. El proceso estuvo plagado de irregularidades y las dudas acerca de la pertinencia de su acusación perduran hasta el día de hoy. Presidía el país Ike Eisenhower, patriota celeberrimo y “ganador” de la Segunda Guerra Mundial; un Dick Nixon de 40 años ejercía de segundo al mando; J. Edgar Hoover dirigía el FBI; Joe MacCarthy se dedicaba a perseguir rojos con saña; los Estados Unidos estaban en guerra con Corea; el año anterior se había estrenado *Solo ante el peligro*, con Gary Cooper y Grace Kelly al mando de Fred Zinnemann –judío como los Rosenberg– y música de Dimitri Tiomkin –ruso como los supuestos beneficiarios de las actividades Rosenberg–. Las marchas de protesta y peticiones

de clemencia dieron varias veces la vuelta al mundo. En España no, porque entonces no se podía. Protestar ni pedir clemencia. Todo ello es historia recogida en anales y bases de datos. Al parecer, “Culo de Hierro” –i.e. Nixon– no tuvo mucho que ver con el *affaire* de los espías atómicos, pero, ¿alguien sabe si lo intentó? Es decir, ¿resulta plausible que el vicepresidente Nixon, famoso por su habilidad, posteriormente demostrada, en inmiscuirse en toda clase de “asuntos”, buscara ejercer un papel decisivo en la quema ejemplarizante –pública– de dos indeseables antipatriotas, a fin de ganar notoriedad? Algo de ello debió de haber, pues Coover se las vio y deseó para ver publicado su libro. Las editoriales temían la reacción de Nixon; sus abogados, las casi seguras demandas. Acabó publicándola Viking Press (hoy miembro emérito de Penguin et alia) por un, digamos, error de percepción y porque el abogado de la empresa estaba de vacaciones. Sin embargo, nada más aparecer –y colocarse en la lista de más vendidos del *New York Times*–, el miedo venció, los ejemplares fueron retirados de las librerías y el título fue eliminado del catálogo de la firma. *La hoguera pública*, novela erróneamente incluida por parte de la crítica en el realismo mágico, debería esperar veinte años para volver a ver la luz.

Un ostracismo peor ha sufrido en castellano, pienso, pues a ello ha estado condenada por las imposiciones fácticas de lo más vendido, invariablemente menos bueno. Sin embargo, nuestra cultura es más pobre sin la posibilidad de disponer de obras de arte como *La hoguera pública*. Un sistema editorial incapaz de asumir pequeños gestos escasamente onerosos –aunque sumamente rentables en patrimonio intangible– es defectuoso, lo mismo que un mundo incapaz de generar autores como Coover sería un mundo aún más imperfecto de lo que ya es. Por fortuna, no todo está perdido, pues sabíamos –los lectores, en plural, pues no iba a ser yo el único– que esta pieza nos faltaba y hemos sabido ponerle remedio. ■



La hoguera pública
Robert Coover
Pálido Fuego
640 págs. 28,90 €.